

# PIÑA Y LARIZ



NÚM. 28

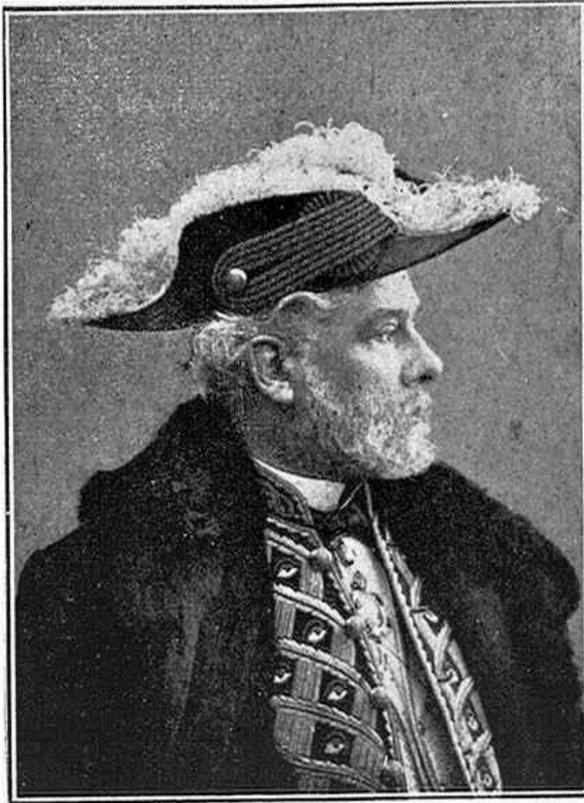
## † VÍCTOR BALAGUER

Por su envidiable talento, por su inagotable laboriosidad, por su amor al país y por la nobleza y bondad de su carácter, este preclaro barcelonés que la muerte nos ha arrebatado recientemente, gozaba de generales simpatías en España; queríanle sus amigos, hacíanle justicia cuantos tenían ocasión de aquilatar sus méritos y respetábanle aquellos que sólo conocían de oídos ó por la prensa su nombre y sus hechos.

Veterano de las letras, á las que ha consagrado su existencia entera, puede decirse que murió con la pluma en la mano: aquella pluma fecunda, castiza y amena con que á la temprana edad de catorce años escribió la primera obra dramática; la misma que cinco años después le valió el ser coronado en escena, por otra producción de mayor empuje, entre los ruidosos aplausos de un público inteligente y entusiasmado.

Entrado apenas en la juventud, se lanzó á las espinosas tareas del periodismo, tremolando con fogoso alarde la bandera progresista, á cuya sombra ha peleado hasta sus últimos momentos, sin desmayos ni transacciones, en la prensa y en la tribuna; ejemplo raro de convicción y constancia, aquí, donde con tanta facilidad se cambia de ideas y se ponen los principios á merced de las conveniencias.

Barcelona era palenque harto reducido para sus aspiraciones; sentíase con alientos sobrados para volar por más dilatados espacios, y, contrariando la voluntad de su familia escapóse á Madrid, meta de sus deseos, tan rico en ilusiones como exhausto de bolsillo. Sus primeras semanas de estancia en la Corte fueron de prueba, pues, contando únicamente con el fruto



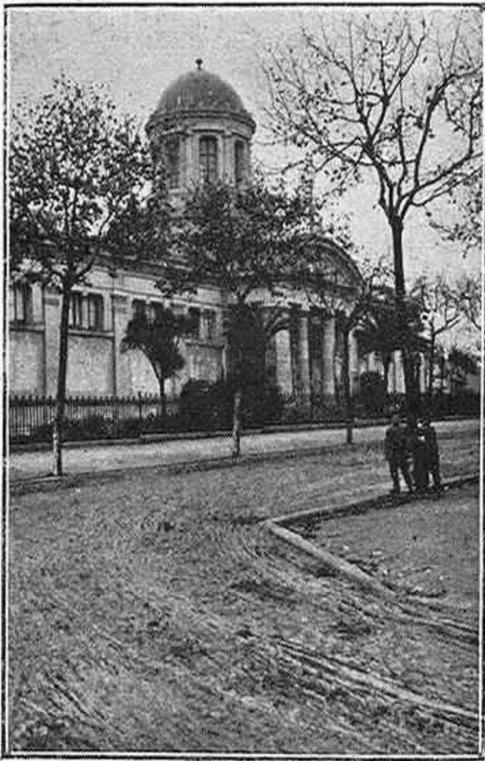
merecía su heroicidad, desde entonces los horizontes se despejaron; su familia perdonóle lo que calificaba de calaverada y proporcionóle medios de subsistencia, mientras por su parte lograba agenciarse trabajos de más peso y lucimiento con los que no tardó en adquirir crédito como literato, poeta, autor dramático y hombre político.

Puesto ya en camino, avanzó por él con firme paso, labrando incesantemente y con provecho tal, que, á la vuelta de algún tiempo, era ya una personalidad en la nación y honraba á la provincia que le vió nacer. Víctor Balaguer, español de corazón, sentíase orgulloso de ser catalán, y, no otorgando preferencia á ninguno de estos dos cariños, escribía distintamente en ambas lenguas, según las circunstancias ó los asuntos, pues se había dedicado á cultivar por igual las dos literaturas, deseoso de rendir igual culto á la patria grande y á la patria chica, en el lenguaje íntimo, peculiar de cada una.

El número de sus obras es considerable; los libros de Historia y tradiciones, las novelas, los tomos de poesías, las tragedias, dramas y comedias de Balaguer, que enriquecen las bibliotecas nacionales, de gran importancia y mérito algunos de ellos, cuyos títulos omitimos en gracia á la brevedad, revelan una imaginación fecundísima y una actividad poco común en quien han logrado alcanzar una desahogada posición.

Barcelona no podrá olvidar nunca que á Balaguer, en unión de otros compañeros no menos entusiastas, debe el restablecimiento de los *Juegos Florales*; esa fiesta típica, legendaria, que en tan alta estima tenían nuestros abuelos y que, gracias á él, conservarán, como sagrada herencia, no sólo los hijos del Principado, sino también los hijos de las demás regiones españolas en donde va tomando carta de naturaleza. ¡Y aparte de la gloria de restablecerla, cúpole asimismo la de haber sido su primer *Maestro en Gay Saber!*

«Si Balaguer—dice el distinguido escritor Francisco Tomás y Estruch, en un hermoso artículo que tenemos á la vista,—llegó á la política por la literatura, merced á aquélla hizo el bien de ésta y del



MUSEO BALAGUER.



CASA «SANTA TERESA».

de un trabajo que no encontraba, se vió pronto sin domicilio y casi sin pan... hasta que, obligado por la necesidad, se comprometió á traducir una novela del francés, idioma que él desconocía por completo, mediante un pequeño anticipo de dinero que le hizo el editor. ¡Y fué lo grande, que Balaguer tradujo la novela, dando palpable ejemplo de lo que pueden el ingenio y la fuerza de voluntad!

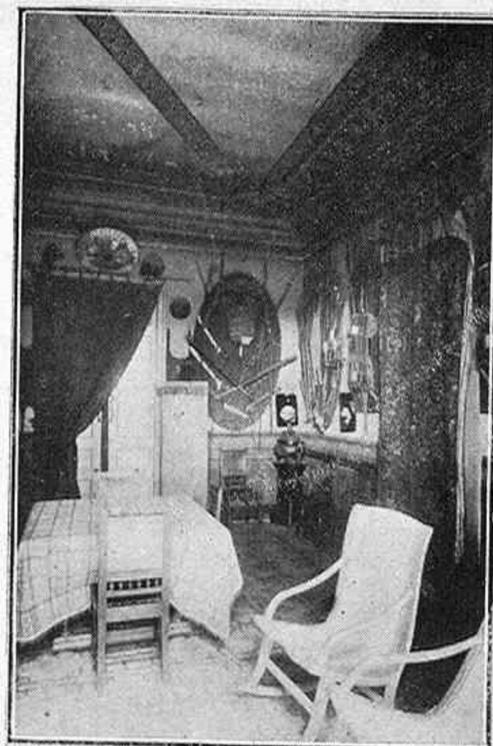
Cual si la Providencia hubiera querido otorgarle el premio que



VESTÍBULO DEL MUSEO.



SECCIÓN ARQUEOLÓGICA.



COMEDOR, EN «SANTA TERESA.»

país que representaba; él, con sus libros, sus discursos, su propaganda y su influencia, contribuyó, como otro ninguno, á reivindicar el rango que correspondía á Aragón y Cataluña en la historia y en la vida españolas. El deshizo prejuicios, promovió respetos, despertó simpatías y aficiones á determinados estudios, y llevó á las Academias, círculos y teatros, voces, títulos, hombres y obras de su tierra. Ha sido diputado, senador, presidente de Diputación, vice-presidente del Congreso, presidente del Tribunal de Cuentas, miembro y presidente del Consejo de Instrucción Pública, del de Filipinas, del de Estado (puesto que renunció antes que perjudicar los intereses de sus comitentes), y varias veces ministro. Ha sido también académico de la Lengua y de la Historia, y gran cruz de varias Órdenes. Con creces ha devuelto á su patria lo que ésta le haya podido dar en honores y sueldos. Si no hubiese hecho otra cosa que fundar (entre otras instituciones) el Museo-Biblioteca de Villanueva y Geltrú y el Museo de Ultramar, en Madrid, por eso sólo ya merecería la eterna admiración y gratitud de sus compatriotas.

Para el primero, que donó en vida á Villanueva, empleó toda su fortuna de 42,000 duros, su biblioteca de 18,000 volúmenes, 200 cuadros y multitud de objetos antiguos y curiosos. Además, el venerable anciano ha legado posteriormente á la villa su hermosa *Casa de Santa Teresa*, rica en objetos notables por su belleza ó su historia. Su última obra, su testamento literario y político, su poético adiós al mundo, puede decirse que está en el discurso de los últimos Juegos Florales de Zaragoza. En él, mucho más que en el de Granada, ha acentuado su nota de españolismo, al par que su ardiente amor á Cataluña, y su protesta de perseverancia en las reivindicaciones sensatas que para ella siempre quiso. Ha vivido enteramente consagrado al bien de la patria y de sus semejantes, al culto de la verdad y la belleza, cristiano, caballero, probo, modesto, laborioso, consecuente amigo, amparador de la virtud y el mérito, caminando con dignidad nunca desmentida á la muerte, que ha despertado un grito de dolor en toda España y en las colonias catalanas de la América latina.»

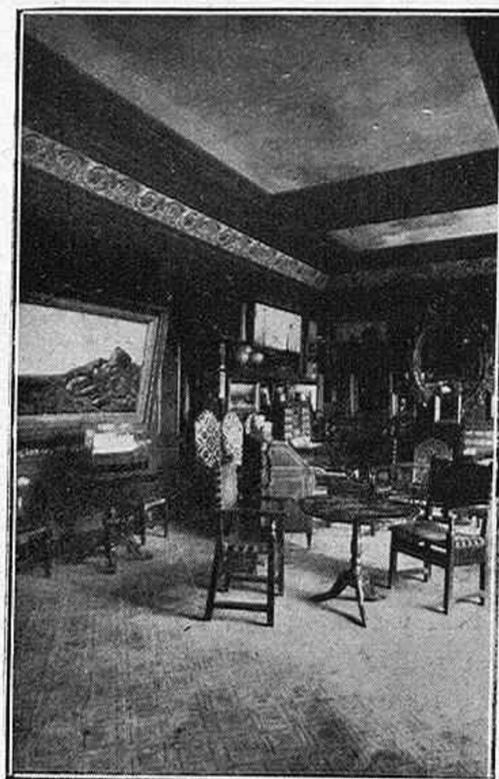
\*\*\*



SECCIÓN DE PINTURA.



SECCIÓN DE ESCULTURA.



SALÓN, EN «SANTA TERESA.»

# VOTOS y REJAS

A principios del siglo xviii, cuando había en España un fraile por cada 49 habitantes, fueron muchos los devotos que, impulsados por su exaltación religiosa, abandonaron el trabajo y la ordinaria existencia, yéndose á vivir á las apartadas soledades de los montes para consagrarse en absoluto á la oración y á la penitencia.

Uno de estos anacoretas, era un mozo cordobés llamado Pedro, que, por desengaños amorosos y visiones místicas, renunció á la vida urbana y se fué á vivir como una *fiera santa* á las escabrosidades de Sierra Morena.

Envuelto en un tosco sayal, con la barba luenga y el cabello enmarañado, flaco y curtido por el aire de los montes, con un rosario al cinto y una tranca en la mano, tenía el buen cenobita una apariencia mixta de santo y de bandido.

Era mejor su alma que su cuerpo, porque en realidad creía con fe inquebrantable en la eficacia de sus oraciones y se consagraba á ellas con tanto ardor y tanta fe, que le sorprendía el alba en el éxtasis de sus plegarias y la luz vespertina le dejaba también entregado á ellas.

Dábanle los pastores algo que comiera, y con esto, dos cabras que él apacentaba y las frutas de madroños y encinares, tenía lo suficiente para no morir de hambre.

Imitando el ejemplo del cenobita y atraída por su fama, una mujer de aquellas cercanías se entregó también á la soledad y á la penitencia.



Cuéntase que un día se encontraron los dos en aquellas agrestes montañas y que las palabras que entre ellos se cruzaron fueron llenas de recogimiento y de cordura; los dos reconocieron el peligro que de su trato pudiera originarse para su casta fama, y tácitamente acordaron vivir alejados el uno del otro.

Los dos estaban llenos del más puro fervor y sentían en sus almas las más santas y nobles disposiciones. El cenobita vió en la mujer penitente un compañero, un hermano en Jesucristo, y ella le admiró como á un santo.

Sin embargo, las gentes que ponen en los hechos la malicia que ellas tienen en el alma, dieron en decir que ya estaba el cenobita acompañado de alguien que podría hacerle la soledad más llevadera; hubo maldicientes que ya daban por ciertas las suposiciones pecaminosas y entre burlas y veras afirmaban, que una nueva generación de penitentes poblaría en breve las montañas.

Los pastores hablaban también de estos sucesos y una atmósfera de impiedad y de audacia se esparció por sus hatos y majadas.

A tal punto llegaron las cosas, que, encontrándose con la mujer penitente algunos de los pastores que la difamaban, la dijeron algunas palabras cuyo atrevimiento delataba las sospechas que de ella tenían, y después de bromear irreverentemente, aludiendo al cenobita, se permitieron acciones y desmanes, que ella rechazó con violentos gritos, impre-

caciones y demandas de auxilio.

Quiso la casualidad, que el cenobita, que en un cerro próximo se hallaba, saliera de su éxtasis con la baraunda de aquellas voces, y que reconociera desde lejos á la mujer penitente, advirtiendo el peligro en que se hallaba.

Como cristiano y como caballero, no pudo permitir que aquel atropello se consumara, y, empuñando el cayado, llegóse presuroso á rechazar la agresión dirigida contra su infeliz compañera.

Los pastores, que al pronto se avergonzaron, se fueron rehaciendo poco á poco, hasta que uno, más atrevido, dijo á los penitentes:

—Buen par de tunos estáis... Más valiera que os casárais, en vez de ser el escándalo de esta comarca.

Ya roto el freno á la prudencia, dijeron tales cosas á los dos infelices, que el cenobita, indignado de tanta calumnia y de tanta vileza, hizo mejor uso de la estaca que del rosario, y como era fornido y estaba colérico, derrotó fácilmente á la chusma calumniadora.

Aquella noche no pudieron dormir los dos penitentes, pensando en la injuria que por tal manera les estrechaba, y al rayar el nuevo día sintieron, por vez primera, la necesidad moral de hablarse y de cruzar sus impresiones.

Ella, le elogió y le agradeció el valor con que la había defendido, y él ponderó la castidad y la virtud de que daba tan hermosas muestras; pero, reconociendo él que debía defenderla, y ella que debía ser defendida, acordaron aproximarse el uno al otro y no vivir tan alejados como antes.

Esto mismo confirmó las murmuraciones; hizo cundir la maledicencia, nacer la desconfianza, acabarse las limos-



nas; y observaron los cenobitas que todo les era contrario y hostil, y que hasta el cielo parecía indignado de aquella vecindad tan peligrosa; por tal manera que no hallaban más alivio á sus tristezas que sus dulces y prolongadas conversaciones.

Un día en que una tormenta hizo estremecer aquellas altas cumbres, la mujer penitente amedrentada se refugió en la cueva del cenobita, y tal fué su espanto, que cogidos de las manos imploraron de Dios que calmara sus iras.

Por desgracia, algunos pastores, huyendo de las aguas, allí también entraron y sorprendieron á los dos místicos en tan íntimo y espiritual coloquio.

Cuando pasó la tormenta, dijeron los pastores al despedirse de los penitentes:

—Gracias, y que paséis buena noche.

Desde aquel punto tuvieron confirmación todas las calumnias, se creyeron todas las infamias al extremo de que se organizó una partida para echar á los falsos penitentes de la sierra; y en vista de que de tal modo se les acosaba, de que de tal suerte se les combatía, no pudiendo resistir los embates de la calumnia, ni los furores de la opinión, el cenobita abrazó á su compañera y la dijo:

—Pues bien, no temas; yo te defenderé siempre; les daremos la razón y nos casaremos. Ellos lo han querido.

Desde entonces todo el mundo reconoce, que no sólo son necesarios los votos, sino también las rejas; porque de lo contrario, los casamientos que no hace Dios, los hace el diablo.

RAFAEL TORROMÉ

Ilustrado, por OBIOLS DELGADO.



(Á LA MUJER QUE FUÉ UN TIEMPO  
MI ÚNICA FELICIDAD).

Al volver de cada esquina  
pienso que te he de encontrar,  
y de pensarlo tan sólo  
ansias de muerte me dan.  
Al no encontrarte á mi paso  
siento tristeza mortal,  
y en el revuelto oleaje  
de la animada ciudad,  
voy con ánimo cansado  
y discurriendo al azar,  
como el pobre caminante  
perdido en la soledad...

Yo bien sé que con el tiempo  
mis ansias se calmarán;  
que podré alcanzar un día  
la vaga tranquilidad  
que se asienta melancólica  
sobre atenuado pesar;  
y que este dolor agudo  
y este tedio pertinaz  
y esta inquietud absorbente,  
pálidas sombras serán  
como pálidos reflejos  
de lejana tempestad;  
que es el dolor, á distancia,  
más fácil de soportar.

En tanto llegan los días  
que espero con ansiedad  
y mientras vive el presente  
con su milicia infernal  
de dudas, de sobresaltos  
y de un inútil luchar,  
con duras noches de insomnio  
que no se acaban jamás,  
dice el alma, en sus dolores,  
como dice aquel cantar:  
«¡Qué largas las horas son  
en el reloj del afán!»

De tus inicuas traiciones  
el tiempo me ha de vengar,  
que todo en el tiempo muere  
por ley suprema y fatal.  
Con el tiempo, esa hermosura  
que hoy esgrimes sin piedad,  
siendo espada de dos filas  
que á ti te hiere á la par,  
irá perdiendo su encanto,  
su ambiente primaveral  
y su deslumbrante brillo  
y su forma, hasta llegar,

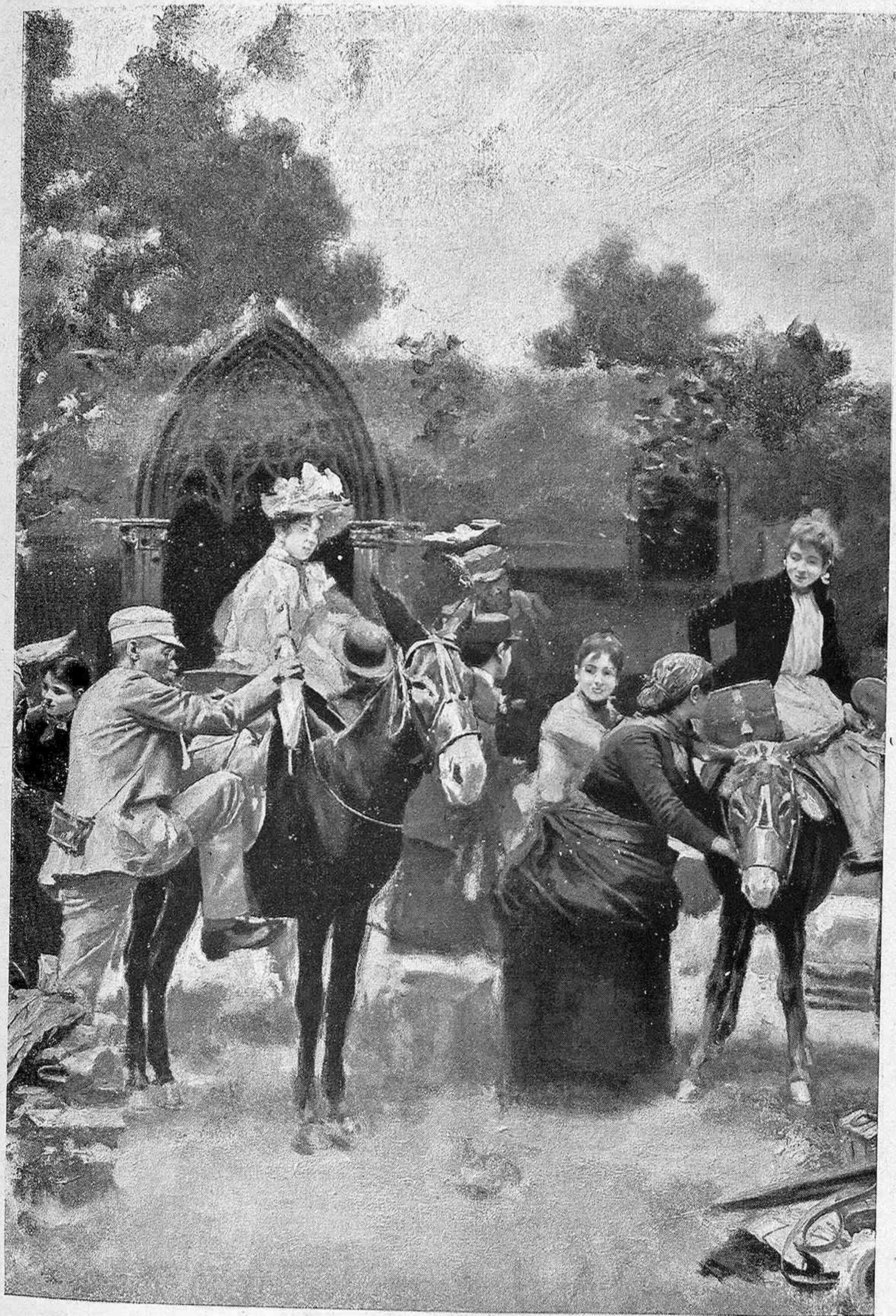
por lógica gradación,  
á convertirse en fealdad,  
que en ti será repulsiva,  
porque en ti no ha de quedar  
la belleza del espíritu,  
que no tuviste jamás...

La vejez es respetable  
si á ella se logra llegar  
con el pensamiento puro  
y con la conciencia en paz;  
si se ha cumplido el deber  
y se ha creado un hogar,  
y si del recio combate,  
de esa batalla tenaz  
de las pasiones, se logra  
salir con tranquilidad,  
sin odio en el corazón  
y sin sombras en la faz.  
En ese caso las canas,  
las arrugas, la fealdad...  
son venerables y aún bellas:  
vienen á representar  
la puesta de sol, el término  
del más hermoso ideal:  
haber cruzado este mundo,  
centro de toda maldad,  
sacando limpias las alas  
para poder arribar,  
después de tan dura prueba,  
al soñado *más allá*...

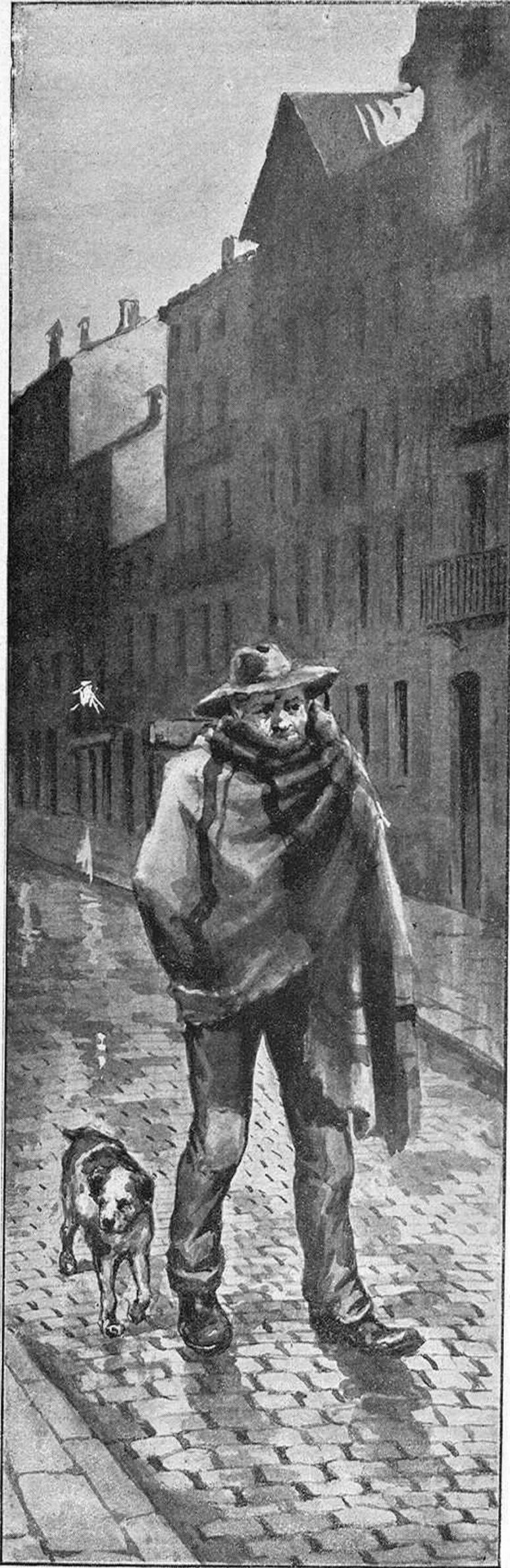
Tú no estás en ese caso,  
tú no puedes aspirar  
á esa vejez respetable.  
Para ti la ancianidad  
será quiebra del oficio,  
desperfecto material  
y liquidación forzosa  
de las artes de engañar...  
Pensando en tu porvenir,  
se va enfriando el volcán  
de mis agravios, y pienso  
con tristeza en la crueldad  
de aquél, á modo de máxima,  
consejo que un sabio da:  
«Si mucho te han agraviado  
y si te quieres vengar,  
¡calma! siéntate y espera,  
que el tiempo te vengará.»

Por la copia,  
FRANCISCO FLORES GARCÍA

Dibujo de G. CAMPS.



FRAGMENTO DE UN CUADRO.



Para el artista es la gloria; para el sabio un gran descubrimiento; para el general una victoria; para el avaro una arca llena de oro; para el Rey un manto imperial; para el enamorado una mujer; para el náufrago un puerto;

## ¡SI YO FUERA REY!

**E**RA una noche muy fría: noche de invierno y de las peores!

El mes de Enero derrochaba sus riquezas: nieve, lluvia, viento; y todo entre tinieblas.

Las pulmonías aleteaban gozosas; los catarros con noble emulación aspiraban á pulmonías; los reumas se arrastraban sobre el barro ejercitando sus fuerzas.

No había pulmón seguro ni articulación que funcionara á gusto.

El frío, primo hermano de la nada, se desperezaba en la sombra. Y los termómetros aterrados se escondían cada vez más.

Una noche de todos los diablos; pero no de los diablos clásicos, de los que andan entre llamaradas, espuman calderas de pez hirviendo y saltan como salamandras en el incendio de las cavernas del eterno dolor.

No: un infierno de esta clase se hubiera quedado convertido en carámbano infernal.

Las calles estaban desiertas. Decimos mal. Un pobre mendigo envuelto en una deshilachada manta caminaba lentamente arrastrando unas veces sobre el barro, otras sobre la nieve, sus años y sus miserias.

Acaso había sido persona acomodada; quizás gastó en otro tiempo zapatos de charol, blanca pechera, elegante frac, y gabán de pieles. Pero aquel tiempo estaba muy lejano: si existió alguna vez, hoy no era más que un sueño.

El mendigo seguía caminando. No iba, seguramente, hacia su casa, porque no la tenía. Buscaba un rincón, un portal; y quizá sin ser Job, buscaba un estercolero en que dormir aquella noche.

Y así recorría calles y cruzaba plazas, y no encontraba sitio á su gusto. Tal vez su gusto era excesivamente delicado, porque espacio no le faltaba.

De pronto se detuvo: le asaltó una idea casi luminosa. Despertó en él un recuerdo envuelto en efluvios de calor. Recordó, decimos, que aquella mañana pasó por una plaza y que en ella había visto unas calderas de asfalto derretido que daba gusto verlas.

Todo es relativo en este mundo. Para los demás transeuntes aquellas calderas eran sucias y feas; negras y humosas; para el pobre mendigo, en aquel instante eran el símbolo más perfecto de la felicidad humana, con algo de felicidad divina.

¡Qué alegre la hoguera que ardía bajo el pegajoso depósito hirviente! ¡Cómo retozaba el asfalto fundido con borbotones negruzcos! ¡Qué humo tan espeso y tan cálido! ¡Era un espléndido edredón de plumas de cisne negro para los pobres! Dormir en el centro de aquel humo debía ser como remontarse al edén y tenderse sobre blandas nubes muy bañadas de sol.

Y acariciando el mendigo estas ideas pensó con anhelos de esperanza, que acaso las calderas conservarían algún resto del fuego de la mañana.

Verdad es que la noche era muy fría; pero el fuego había sido muy grande. Al pasar el mendigo junto á él, así como al descuido, como el que roba un poco de calor, había tocado el reborde de la caldera y se había quemado la mano. En aquel momento recordaba con delicia la picante quemadura y sin remordimiento el cálido robo.

La miseria embota mucho la conciencia.

Decididamente había que volver á la plaza, había que buscar las calderas y había que acurrucarse en el suelo bajo su negro techo: sombra protectora embardunada de asfalto.

Ya tenía el mendigo un objeto en su existencia, por lo menos aquella noche: un norte á donde dirigirse: en suma, una esperanza.

¡Tan cierto es que la esperanza nunca abandona al hombre, aún en sus mayores desdichas!

Sólo que la esperanza reviste formas muy diversas.

por lo menos una tabla; para el mendigo de nuestra historia un depósito de derretir asfalto, que todavía estuviese caldeado.

Esta esperanza será prosaica, modesta, fea, negruzca, sucia; pero con tal que esté caliente, es todavía una esperanza, aunque sea de color de pez.

Y el pobre diablo se fué hacia ella por el camino más corto.

El mendigo no iba solo: tras él iba un perro tan sucio, tan pobre, pero menos desamparado que su amo, porque el perro le tenía á él, y él no tenía ningún otro sér á quien acercarse.

Y el hombre marchaba en busca de la caldera de asfalto. Y el perro iba detrás, sin meterse en averiguaciones; con esa ciega fidelidad, con ese amor desinteresado, con esa sublime indiferencia, propia de su noble raza.

Si hubiera pasado el Rey en su carroza y hubiera llamado al perro, el animal habría dejado al Rey y habría seguido á su amo, ó hasta el fin del mundo ó hasta los embetunados residuos del asfalto.

¡En la Creación hay almas para todo!

Así siguieron un rato por una calle y otra calle, hasta llegar á la plaza de sus esperanzas, que resultaron—como la mayor parte de las esperanzas—fallidas.

¡Se habían llevado toda la maquinaria de asfaltar!

Y se detuvo el mendigo; y se detuvo el perro. Pero en la vida, cuando muere una esperanza nace otra; y el mísero mendigo recordó, que cerca de aquella plaza había una obra: es decir, que estaban construyendo una casa; que la valla estaba medio rota; y que en el solar había un montón de maderas, y aún sospechaba que debía de haber alguna estera, restos de un improvisado cobertizo.

Hacia su nueva esperanza se fué y tras él, sin esperanza ninguna, se fué el perro

Al fin llegaron: y esta vez la esperanza valía tan poco que ni se tomó el trabajo de desvanecerse. Allí estaban la empalizada, el solar, el montón de vigas, otras maderas de derribo y algunas esteras.

Rompió el mendigo un tablón de la valla. En el montón de madera hizo un hueco; con algunos tablo- nes formó el techo de su alcoba; la mitad de la estera le sirvió de colchón; la otra mitad de cubierta; unos cuantos ladrillos de almohada; y se acurrucó como pudo y el perro junto á él como su mejor abrigo.

Al poco rato el pordiosero dormía con sueño pesado; con sueño calenturiento, ¡que la fiebre y el perro fueron los únicos que en aquella noche de invierno le dieron algún calor!

Y no sólo durmió, sino que soñó.

Tal vez no fué sueño, sino delirio; pero ¡qué importa! estaba lejos, muy lejos del mundo de su miseria.

El hombre había tenido muchas veces esta idea ambiciosa: ¡Si yo fuera Rey! Y aquella noche soñó que se había realizado su deseo y que era Rey al fin.

¡Qué creación tan extravagante la de aquel desdichado cerebro! ¡Cómo se transformaban las sensaciones, que provocaba el mundo exterior, al mezclarse en las celdillas misteriosas de la capa cortical, con aquellas otras sensaciones que engendraba el sueño!

¡Cómo chocaban la esfera de la realidad y la esfera de la fantasía en aquella cámara oscura del pensamiento!

Al pronto sintió un gran placer y se arrellanó en su dorado trono diciendo: «qué á gusto se está aquí.»

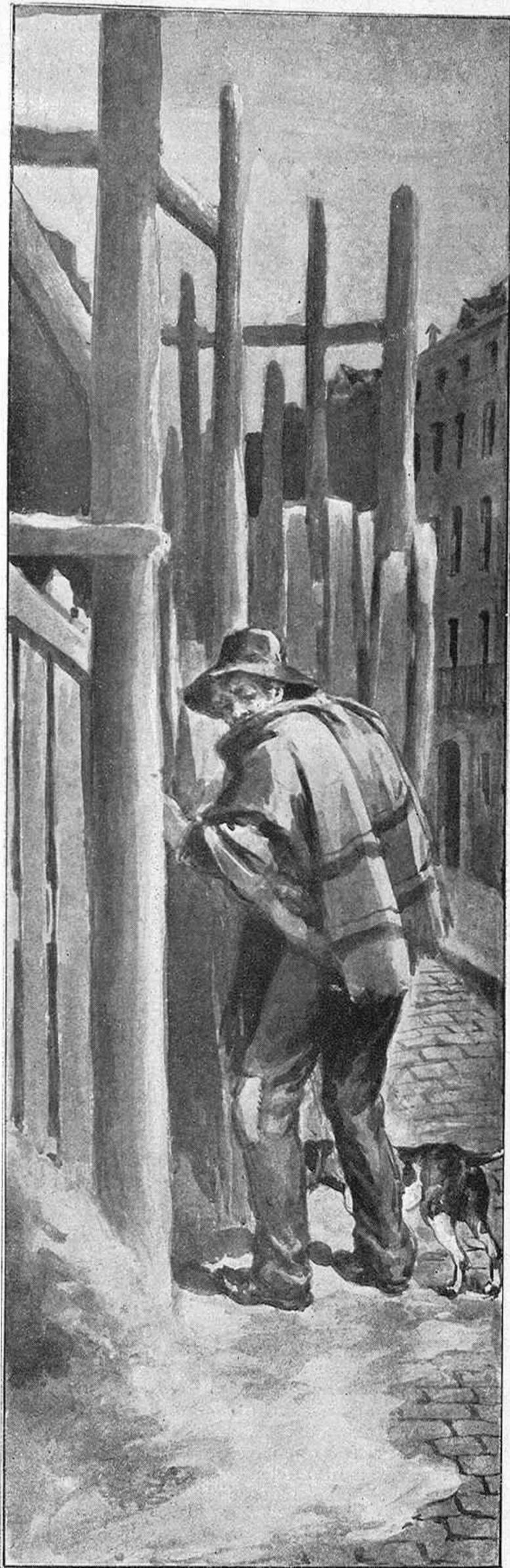
Y era que su cuerpo fatigado encontraba blanda la estera y aún más blanda la almohada de ladrillos.

Era sensación de descanso. ¿Qué más da el trono dorado, que la tierra y la estera? El descanso, es descanso. Soñaba una mentira; pero soñaba una verdad.

Luego soñó que todo su pueblo se postraba á sus plantas y que se sentía orgulloso y satisfecho.

Era que el perro se había echado sobre sus pies y le daba calor.

Soñaba otra mentira; pero soñaba otra verdad. La sensación se enmascaraba al soñar, y el pobre perro se convertía en toda una masa de súbditos; pero en el fondo todo era lo mismo: calor en los pies.



Después soñó que el trono se hacía áspero y molesto: ya no estaba tan á gusto como antes: algo le molestaba; algo le punzaba; ¡el almohadón real ya no era tan blando! Es que el suelo era muy duro; y cuando el cuerpo descansó, empezaron á cansarse los huesos y á dolerle. Y además, los espartos de la estera se le clavaban en la carne á través de los harapos.

—Ya soy Rey—soñaba el mendigo—y sin embargo no soy tan feliz como había pensado. Este manto de escarlata me pincha sin piedad.—La sensación de la estera se había convertido en punzadas del manto regio. Ni mentía la realidad, ni mentía el sueño; ¡mantos y estereras, á veces son cómodos, á veces martirizan!

Y luego sintió un gran desasosiego. Veía de una manera vaga, que un enemigo poderoso había asaltado su reino y le robaba provincias enteras, y entraba á saco en sus ciudades, y se marchaba cargado de botín. —¡Qué tristezas sufren también los reyes — soñaba él!

Y tampoco esta visión era del todo falsa. Siempre una sensación real convertida en otra sensación fingida por la fiebre y el sueño.

Era, en suma, que el pobre perro, tenía hambre y no podía dormir. Olfateó en un bolsillo de su amo un pedazo de pan; y desde los pies le subió al pecho; y rebuscó el mendrugo; y al cabo lo encontró y se lo comió sin escrúpulo. Era el botín: era el saqueo: era la lucha

brutal de todos los seres cuando tienen hambre y encuentran algo que comer. Sólo que el deslizarse del perro, el manotear de sus patas y manos, el rebuscar en los bolsillos, el peso del animal, todo esto, al correr en forma de sensación por los torpes nervios hasta el soñoliento cerebro, tomaba formas fantásticas y agigantadas de invasiones, batallas, asaltos y saqueos.

Tras esta crisis de la pesadilla vino un descanso relativo. El reino estaba en calma. La Corte estaba á su alrededor. Los cortesanos le adulaban. Experimentaba de nuevo sensaciones de placer.

Pues bien: toda esta máquina cortesana se reducía á que el perro acababa de devorar el mendrugo; y acaso comprendía su mala acción, y quería compensarla con caricias. De suerte que puso su hocico húmedo y lleno de migajas á la altura de la cara de su amo y se la lamió con cariño: luego le lamió las manos.

—Bien está, bien está—soñaba el mendigo:—ahora me siento satisfecho: besamanos tenemos.

Después se imaginó que había grandes fiestas, grandes iluminaciones: su ejército desfilaba ante él; oía el trotar de los caballos; veía las lanzas de los lanceros.

Pues nada de esto era mentira. Todo era real: una realidad caprichosamente metamorfoseada por el sueño.

Las sensaciones, al llegar á la puerta de los sentidos arrojaban sus vestiduras; desnudas corrían por la trama



nerviosa; y, al llegar á la sustancia cerebral tomaban los disfraces que encontraban á mano y con ellos se lanzaban en la mascarada del sueño.

Había ocurrido lo siguiente: que el sereno con su farolillo y su chuzo penetró en el solar por el portillo de la valla y se acercó al mendigo; el perro despertó y ladrando por lo bajo le salió al encuentro; y el sereno acercó el farolillo al pordiosero, le dió lástima, no le despertó, y se fué por donde vino.

Así la luz del farol filtrándose por los mal cerrados párpados del mendigo fingió luminarias y alegrías: y los pasos del perro imitaron el trotar de los caballos; y sus ladridos sonaban á relinchos; y la imagen del chuzo, multiplicada por la humedad de los ojos, se convirtió en las valientes lanzas de la caballería.

Así pasó la noche. ¡Cuántas visiones, cuántos fantasmas, cuántas alegrías, cuántos dolores!

Maderos, estereras, ladrillos, el viento que zumba, la lluvia que cae, el frío que hace tiritar, el perro que da calor, hasta el farolillo del sereno y su chuzo, todo revuelto, todo confuso, todo convirtiéndose entre las nieblas del sueño en un trono, en una Corte, en guerras, en fiestas, en alegrías y tristezas, en coronas y mantos; todo esparciéndose desordenado y vibrante por las regiones de la fantasía: y el pobre mendigo convertido en Rey.

—Si yo fuese Rey—había dicho. Y fué Rey por unas cuantas horas; y gozó y sufrió.

¿Pero, cómo gozó y sufrió? ¿Como Rey ó como mendigo? ¡Quién lo sabe!

Llegó la mañana; asomó el sol por Oriente; un rayo de su luz le dió en el rostro al mendigo; y el mendigo soñó que el reino entero se le incendiaba.

La verdad es que las nieblas del sueño se desvanecieron y con ellas se desvaneció el soñado imperio.

Se levantó el pordiosero; sacudió sus doloridos miembros; ¡que á veces el ser Rey fatiga mucho!; y echó á andar hacia la plaza próxima á ver si habían encendido ya las calderas de asfalto.

El perro echó tras él con la fidelidad de siempre: él no había soñado. De todos los cortesanos de la pasada noche era el único que le quedaba.

Metió la mano en el bolsillo buscando el mendrugo de pan, pero no lo encontró. El ser Rey le había salido caro. Se iba á quedar sin comer todo aquel día.

Y siguió su camino tristemente.

Fué un sueño aquello de que era Rey: ¿pero acaso no era un sueño también aquello otro de que era mendigo?

Todo lo que veía ó creía ver, todas sus sensaciones, sus dolores y sus angustias, ¿eran una realidad ó eran otro sueño? ¡Quién sabe! ¡Acaso era Rey y soñaba que era mendigo!

El problema lo planteó Calderón en su obra inmortal.

Pero nadie lo ha resuelto. Conque á seguir soñando.

JOSÉ ECHEGARAY

Ilustraciones de A. SERIÑA.

INICIALES PARA LLEVARLAS EN LA CARA;

por XAUDARÓ.



A



E



I



O



U



Y



*Cartel anunciador de la Fábrica de neumáticos «Continental Pneumatic»,  
en Hannover (Alemania).*

SERIE I.<sup>a</sup>

Núm. 28